



La Santa Sede

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA CUARESMA DE 1991

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La Encíclica *Rerum novarum* de Leon XIII, cuyo centenario se está conmemorando, ha abierto un nuevo capítulo en la doctrina social de la Iglesia. Una constante de esta enseñanza es la firme invitación al compromiso solidario, encaminado a superar la pobreza y el subdesarrollo en que viven millones de seres humanos.

Aunque los bienes de la creación estén destinados a todos, hoy una gran parte de la humanidad está sufriendo todavía el peso intolerable de la miseria. En esta situación son necesarias una *caridad y una solidaridad* concretas, como lo he afirmado en la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, señalando cuán urgente sea dedicarse al bien de los demás y estar dispuestos a *olvidarse de sí mismos* – según el evangelio – para servir a los demás en vez de explotarlos en beneficio propio.

1. En este tiempo de Cuaresma volvemos a dirigirnos a Dios rico en misericordia, fuente de todo bien para pedirle que cure nuestro egoísmo, nos dé un corazón nuevo y un espíritu nuevo.

La Cuaresma y el tiempo pascual nos sitúan ante la *actitud de total identificación de Nuestro Señor Jesucristo con los pobres*. El Hijo de Dios, que se hizo pobre por amor nuestro, se identifica con aquellos que sufren, lo cual está expresado claramente en sus propias palabras: «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt 25, 40*).

2. En el culmen de la Cuaresma, la liturgia del Jueves Santo nos recuerda la institución de la Eucaristía, memorial de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Es aquí, en el sacramento en el que la Iglesia celebra la profundidad de su propia fe, donde debemos tomar conciencia de la condición de Cristo pobre, sufriente, perseguido. Jesucristo, que tanto nos ha amado hasta dar su propia vida por nosotros y que se nos da en la Eucaristía como alimento de vida eterna, es el mismo que nos invita a reconocerlo en la persona y en la vida de aquellos pobres con los cuales

El ha manifestado su plena solidaridad.

San Juan Crisóstomo ha expresado magistralmente esta identificación al afirmar: «Si queréis honrar el Cuerpo de Cristo, no lo despreciéis cuando está desnudo; no honráis al Cristo eucarístico con ornamentos de seda al ignorar aquel otro Cristo que, fuera de los muros de la Iglesia, padece frío y desnudez» (cf. *Hom in Matthaeum*, n. 50, 3-4, PG 58).

3. En este tiempo de Cuaresma, es importante reflexionar sobre la parábola del rico epulón y de Lázaro. Todos los hombres están llamados a participar de los bienes de la vida, sin embargo tantos yacen todavía fuera a la puerta, como Lázaro, mientras «los perros vienen y les lamen sus llagas» (cf. *Lc 16, 21*).

Si ignorásemos la gran multitud de personas que no sólo están privadas de lo estrictamente necesario para vivir (alimento, casa, asistencia sanitaria), sino que ni siquiera tienen la esperanza de un futuro mejor, vendríamos a ser como el rico epulón que finge no haber visto al pobre Lázaro (cf. *Lc 16, 19-31*).

Debemos pues tener presente ante nuestros ojos la pobreza estremecedora que aflige a tantas partes del mundo; y por esto, con esta intención, repito el llamado que –en nombre de Jesucristo y en nombre de la humanidad– he dirigido a todos los hombres durante mi última visita al Sahel: «¿Cómo juzgará la historia a una generación que cuenta con todos los medios necesarios para alimentar a la población del planeta y que rechaza el hacerlo por una ceguera fratricida? ... ¡Qué gran desierto sería un mundo en el que la miseria no encontrara la respuesta de un amor que da la vida!» (*L'Osservatore Romano*, 31 de enero de 1990, p. 6, n. 4).

Dirigiendo nuestra mirada a Jesucristo, el Buen Samaritano, no podemos olvidar que –desde la pobreza del pesebre hasta el total desprendimiento en la Cruz– Él se hizo *uno con los últimos*. Nos enseñó el desapego de las riquezas, la confianza en Dios, la disponibilidad a compartir. Nos exhorta a ver a nuestros hermanos y hermanas, que están en la miseria y el sufrimiento, con el espíritu de quien –pobre– se reconoce totalmente dependiente de Dios y que tiene necesidad absoluta de Él. El modo como nos comportemos será la verdadera y auténtica medida de nuestro amor a Él, fuente de vida y de amor, y signo de nuestra fidelidad al evangelio. Que la Cuaresma acreciente en todos esta conciencia y este compromiso de caridad, para que no pase en vano sino que nos conduzca, verdaderamente renovados, hacia el gozo de la Pascua.